

FÁBULAS

C

Del mismo autor

I. — **El Libertador de América.** — Drama histórico en tres actos. Un tomo de 103 pág. — 1901.

II. — **Factores negativos.** — Estudio sociológico de las causas que detienen el desarrollo del progreso argentino. — Un tomo de 210 pág. — 1906.

III. — **La aptitud para la lucha por la vida.** — Estudio pedagógico-social. Un tomo de 306 pág. — 1909.

IV. — **Sangre nueva.** — Estudio pedagógico-social. Un tomo de 216 pág. — 1911.

V. — **Rivadavia.** — Boceto biográfico del prócer. Un tomo de 216 pág. 2.ª edición. — 1911.

VI. — **La nacionalización de la instrucción primaria.** — Estudio de una cuestión de gran trascendencia nacional. Un tomo 104 pág. — 1911.

VII. — **El credo cívico.** — Consideraciones sobre moral cívica y política. Un tomo de 116 pág. — 1912.

VIII. — **La bancarrota de una civilización.** — Guerra europea de 1914. — Un tomo de 116 pág. — 1914.

IX. — **Fábulas.** — Primera serie. — Un tomo de 98 pág. — 1916.

X. — **Fábulas.** — Segunda serie. — Un tomo de 116 pág. — 1918.

RAMÓN MELGAR

28.045

2p

FÁBULAS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

SEGUNDA SERIE



BUENOS AIRES

LIBRERÍA DE A. GARCÍA SANTOS
Moreno 500, esq. Bolívar

1918

115X172

32082

Es propiedad.

UN JUICIO DE MAX NORDAU

Madrid, 14 de marzo de 1917.

Señor Ramón Melgar, Rector del Colegio Nacional de Dolores.

Señor Rector:

Al enviarme sus cuatro obras, “La aptitud para la lucha por la vida”, “Sangre nueva”, “Factores negativos” y “Fábulas” — las voy citando en el orden en que las he leído, — usted ha sugerido a mi espíritu una grande y noble emoción, no tanto por las dedicatorias halagadoras, que agradezco y que aprecio como la expresión de su delicada cortesía, sino por la ocasión que me ha brindado de conocer íntimamente una de las inteligencias más vastas, más independientes, mejor equilibradas y más cultivadas de nuestros tiempos.

Es para mí un íntimo placer el poder seguir el desarrollo de pensamientos que yo siento en todas sus fases vinculados estrechamente con los míos. Yo convido su concepto del mundo y de la vida. Participo ampliamente de los sentimientos de

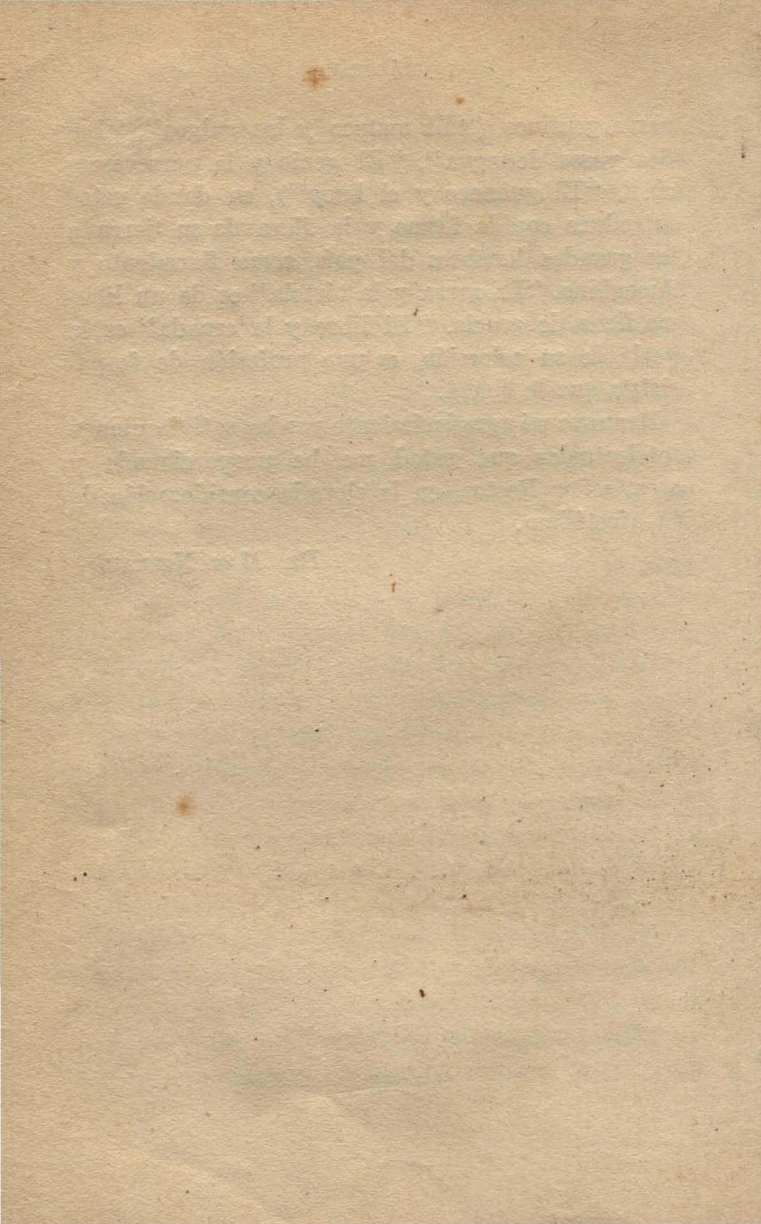
usted en lo que se refiere a casi todos los grandes problemas que usted trata magistralmente con amplia y sólida erudición y con profundas meditaciones personales: la raza, la propiedad, el sistema de educación inglés, el progreso, la coeducación, la educación sexual, el patriotismo, la naturalización, la sociedad y el Estado, el feminismo, la libertad de pensamiento, la acción de la prensa. En todos estos terrenos yo me encuentro con usted y me siento positivamente emocionado ante la idea de que un hombre como usted se encuentre colocado a la cabeza de una gran institución nacional, encargada de formar los maestros del pensamiento y del carácter de la generación ascendente de una joven y vigorosa nación que representa el porvenir de un gran continente. El pueblo que recibirá sus enseñanzas y la de sus alumnos, será seguramente un factor esencial del progreso universal.

Sus "Fábulas" especialmente, me han encantado. Antes que todo por su sabia y elevada moralidad, como asimismo por su sentido moderno, de actualidad ("El caburé y su cohorte", "El báculo y su caldo", "El burro periodista", "La momia y el grano", "El cañón y el arado"), que renuevan con felicidad los viejos temas tradicionales que no han variado desde Esopo y Fedro hasta La Fontaine, y también por su color local que debe impresionar de manera especial a los jóve-

nes argentinos (“El mataco y los galgos”, “Los dos vasos de agua”, “El genio y la perseverancia”, “El guanaco y el buey”), en donde usted introduce con la fauna y la flora de su tierra a los grandes hombres del país, como Sarmiento y Ameghino. “La zorra y la tórtola” es de un lirismo lleno de gracia. “El libro y la espada” es la perla de su colección, es una profesión de fe pacifista que le honra.

Renuevo mi agradecimiento por las satisfacciones intelectuales que usted me ha proporcionado y crea, señor Rector, en la elevada consideración de su afectísimo.

DR. MAX NORDAU.



I

LA VIOLETA Y LA ORTIGA

Junto a la humilde violeta
crece vigorosa ortiga,
la que oculta entre las flores
levanta su copa arriba.
Envidiosa del esmero
que a la violeta prodigan
frunciendo el ceño la dijo
con harta intención maligna:

—Tú solamente con zancos
podrías tenerte erguida,
y a explicarme bien no alcanzo
porqué en el jardín te miman,
cuando está de manifiesto
tu escasísima valía.

Contempló a la impertinente
la violeta y en seguida
le repuso: — Valgo poco,
pero es mi flor exquisita,

mientras que tú no produces
sino punzantes espinas.

*Los críticos presuntuosos
que el diente en lo ajeno hincan,
se parecen a esas plantas
que dan solamente espinas.*

II

EL PELUDO Y EL PUMA

Iba un puma acosado por el hambre
con el ojo avizor, mirando atento,
para ver si encontraba una alimaña
con la cual realizar un buen almuerzo.
Seguía su camino inspeccionando
los matorrales, con marcado anhelo,
y el más leve ruido de las pajas
le producía un sobresalto inmenso.

En una loma con afán cavaba
un peludo, metido en su agujero,
y al sentir las pisadas del transeunte
guardó con discreción mucho silencio.
El puma, que lo vió, pensó que al punto
iba a tener un plato succulento,
y muy cumplido saludó al peludo
con un aire atrayente y zalamero.

—¿Qué haces ahí — le dijo — en esa alcoba
tan oscura y tan fría?... No comprendo
cómo puedes pasar así la vida
metido en ese mísero agujero.
Ven conmigo a la selva; allá en la fronda

tendrás comodidad, y yo te ofrezco
una vasta extensión de mis dominios
donde podrás vivir muy satisfecho.—

Se dejó seducir el buen peludo
por la verba melíflua del viajero,
y abandonó la cueva muy confiado
pereciendo en las garras del hambriento.

*Las alabanzas suelen ser la máscara
de quien procura para sí un provecho,
y obra con imprudencia quien acepta
del primero que pasa el palabreo.*

III

LA LOMA Y LAS PERDICES

Hallaron las perdices una loma
donde había abundancia
de semillas, y allí todas se fueron
en enormes bandadas.

Vivían todas gordas y felices
sin que nada turbara
de aquel sitio tan bello y sosegado,
la dulcísima calma.

La loma un día díjoles:—Vigilen,
que fieras asechanzas
giran en torno suyo. — Y ellas sordas
fueron a sus palabras.

Pero una tarde se sintió en la loma
el silbar de las balas,
y allí los cazadores realizaron
una espléndida caza.

*Cuando se forman núcleos, es prudente
vigilar con constancia,
para evitar que la codicia arroje
con avidez su zarpa.*

IV

EL PECHO COLORADO Y EL CHINGOLO

El pecho colorado
lucía sus adornos de guerrero
y todos lo admiraban.
Era por su conducta muy amado
y cuantos lo trataban
sabían que era atento y caballero.

En el paraje solo
de él murmuraba un díscolo chingolo,
quien al hallarlo alzaba su cópete
cual si atacarlo al punto pretendiera;
pero el otro al posarse, ni siquiera
miraba la actitud del mozalbete.

Pero un día el chingolo incomodado
porque jamás el pecho colorado
se dignaba fijar en él su vista,
muy resuelto y altivo
con un tono agresivo
le pidió celebrar una entrevista.

Al pedir con audacia tal audiencia
perdió el interpelado la paciencia

y se quedó dispuesto
a repeler sin más cualquier agravio,
pero el chingolo fué bastante sabio
y las de Villadiego tomó presto.

*Aquel que sin descanso se da lidia
por llamar la atención de otros, tan solo,
y que lo lleva hasta agredir su envidia,
no se olvide jamás de este chingolo.*

V

LA CACHILA, EL GAVILAN Y EL CAZADOR

Una tímida cachila
vió acercarse a un gavilán,
y temerosa buscaba
donde poderse ocultar.
Trató de volver al nido
que tenía en el cardal
y batió presto sus alas
para el encuentro esquivar.
Pero el ave de rapiña
corrió hacia ella sin piedad,
con el pico amenazante
y la garra pronta ya,
pensando que a aquella presa
iba pronto a saborear.

Mas, un cazador que oculto
estaba en un matorral,
bajó de un certero tiro
al pérfido gavilán,
el que guiado por la gula
se descuidó de mirar
si contra su señoría
no se fraguaba algún plan.

VII

EL SABLE Y LA PLUMA

—Mi poder es sin límites
exclamó el sable;
porque escribo la historia
tinto de sangre.
Brillante mi hoja
va en pos de la conquista
de honor y gloria.

—Más humilde es mi cetro,
la pluma dijo;
pero al mundo en su marcha
yo lo redimo.
Son mis antorchas
las que brillan eternas
con luz de aurora.

VIII

LA GOLONDRINA Y LA RATONA

Planeando diestramente en las alturas
y elevándose luego en bellos giros,
una parlera golondrina andaba
haciendo maravillas de equilibrio.
Vió a la ratona en una vieja higuera,
en cuyas ramas ocultaba el nido,
y acercándose a ella con donaire
así sin más preámbulos la dijo:

—Vengo de las regiones tropicales
en las que largos meses he vivido,
contemplando tan bellos panoramas
cual jamás en mi vida había visto.
Cuando de nuevo vuelvo a estas regiones
me encuentro con que vives aquí mismo,
donde los ojos cerrarás un día
sin haber este mundo recorrido.
Es menester andar, ver otros climas,
seguir la caravana del destino,
contemplar ese sol allá en los trópicos
en donde ostenta su esplendor magnífico.
¿Qué progresos harás en esa higuera
sin ver nada que hiera tus sentidos?...

—La vida llama a esa región ignota
y si quieres viajar, vente conmigo.

Repuso la ratona: —Tus palabras
revelan que conoces muchos sitios
de la tierra; pero oye, nada veo,
de lo nuevo que andando has aprendido,
porque siempre girando sin objeto
anduviste guiada por tu instinto,
mas de tanto vaivén desenfrenado
que sacaras provecho no he sabido.—

*Muchos que por manía ambulatoria
van siempre andando de uno en otro sitio,
revelan que su andanza es bien estéril
si en ellas ni una idea han recogido.*

IX

EL GALLO Y EL CERDO

El gallo generoso
halló un grano de trigo,
y con acento dulce
llamó luego a sus hijos.
Los polluelos al punto
estuvieron bien listos
para obtener su parte
y saciar su apetito.
Los obsequiaba el gallo
picoteando seguido,
y escarbaba la hierba
con amoroso instinto.
Piando los polluelos
se acercaron al sitio
y atropelladamente
buscaron el granito.
Uno, el más diligente,
lo tomó con el pico
y quedó satisfecho
con su grano de trigo.

Un cerdo que miraba
aquella escena, dijo:

—¡Vaya una tontería!
y buscando afligido
divisó una piltrafa
donde cuatro chanchitos
prestos ejercitaban
sus nacientes colmillos.
Voraz se fué hasta ellos
y con terrible ahinco
les dió feroces golpes
con su pujante hocico
y dueño del zoquete
se alejó de sus hijos.

El gallo que observaba
proceder tan indigno,
—*Mirad, dijo a los pollos,*
tal es el egoismo.

X

EL GATO DOMESTICO Y EL GATO MONTES

Un gato casero
y un gato montés,
en una alameda
llegáronse a ver.
Se encrespáron ambos
a la misma vez,
y los dos maullaron
a la vez también.

Pero el gato manso
que era más cortés,
le habló al otro gato
sin ningún desdén:

—¿Por qué, compañero,
me quieres morder?...
cumplido le dijo
al gato montés.
Yo tengo un tejado,
si lo quieres ver,
vamos, que allá puedes
recrearte en él.
En blandos cojines

dormirás después,
y en estos dominios
serás como un rey.
Tendrás rica leche
para tu sostén,
y carne bien fresca
sin que haya escasez.
En la chimenea
se está lo más bien
cuando en el invierno
sopla el viento cruel.
Dormirás tranquilo
y al amanecer
algún ratoncillo
cazarás también.

Pero a las palabras
del gato cortés,
correspondió el otro
con una sandez.
Prosiguió maullando
a más no poder
y mostró las uñas
con insensatez.

*En vano es que al necio
se le trate bien,
porque siempre imita
al gato montés.*

XI

LA MARTINETA Y EL ESCUERZO

Por las verdes gramillas caminaba
una airosa y gallarda martineta,
y en la mullida alfombra de verdura
las semillas buscaba
para su hambre aplacar. Era discreta
y siempre dió mil pruebas de cordura,
marchando con cautela y dando giros
por si algún cazador con una treta
quería hacerla blanco de sus tiros.

Junto a unas frescas matas de mastuerzo,
en uno de los giros que ella hacía,
sin quererlo pisó a un tremendo escuerzo
que oculto entre los céspedes vivía.

Indignado el escuerzo lanzó un grito
y miró de hito en hito
al ave que turbaba su reposo;
y como ésta quedó sin inmutarse
el escuerzo iracundo empezó a hincharse,
ya por demás furioso.

La martineta absorta lo miraba;

el bicho más se hinchaba,
y a las veces lanzaba algún chirrido.
Y era tan burda y torpe su figura
que su sola apostura
constituía un pasaje entretenido.

Por la risa tentada,
al escuerzo iracundo
la martineta alegremente mira,
y hallando tan risible su parada,
exclamó con un tono asaz rotundo:
—*¡Qué estúpida es la ira!*

XII

EL YAGUARETE Y LA GAMA

La tarde estaba espléndida: volaban por la playa cercana las gaviotas, y las arenas, de las olas rotas, las continuas caricias saboreaban.

Alfombraba los campos verde grama donde el rebaño con placer pacía, y cuando el sol en el confín se hundía muy temerosa apareció una gama.

Pero un yaguareté que estaba oculto atacó a la infeliz con saña fiera, y la gama emprendió fugaz carrera para esquivarle a aquel bribón el bulto.

El mandria cada vez más afanoso a la tímida gama perseguía.

—No huyas, le gritaba, es cobardía no librar un combate tan honroso.

Pero la gama sin hacerle caso su marcha redoblaba con premura,

e internándose luego en la espesura
pudo salvar tan peligroso paso.

Y cuando estuvo libre, muy sonriente
se decía aludiendo a aquel calvario:
—*Marchar contra la fuerza es temerario,
y evitar el peligro es lo prudente.*

XIII

EL BATITU, EL FLAMENCO Y EL CUERVO

Un batitú paseaba en una loma
donde crecía el cardo,
buscando su manjar más predilecto;
y con el paso tardo
por una abrita del cardal se asoma
y ve la huella de un camino recto.

Se decide a seguir aquel sendero
marchándose campante,
y al final del camino encuentra un río,
en cuya orilla un pájaro arrogante,
de corvo pico, de ademán severo,
y con veste rosada muy flamante
parecía ostentar su poderío.

El batitú quedóse confundido
y saludó al señor de la ribera
de la mejor manera,
con un aire sumiso;
pero hízosele el otro el distraído
y ni mirarlo un breve instante quiso.

Lo siguió contemplando

y vió que aquel señor en los cristales
del río se miraba muy sonriente,
y que de cuando en cuando
se arreglaba sus chales
y paseaba su garbo lentamente.

Un cuervo que pasaba
y que vió al batitú tan abstraído,
—¿Qué haces aquí? le preguntó curioso.
Y el batitú, que al pájaro miraba,
cada vez más absorto y confundido:
—¿Quién es ese? le dijo vacilante.
Y el cuervo le repuso en el instante:
—Es el símil del tonto vanidoso.

XIV

LA LISA Y LA RED

En las mallas de una red
quedó un lisa metida,
y de aquella red tendida
ya quedaba a la merced.

Pensó huir pero sintió
que en contra de la corriente,
venía también la gente
que allí aquella red tendió.

Al fin, abatida iba
a rendirse ante el asalto,
pero reaccionó, dió un salto
y se escapó por arriba.

*Ante un peligro imprevisto
es menester discurrir,
y en el momento de huir
se debe andar siempre listo.*

XV

LA VIBORA DE CASCABEL Y LA CIGÜEÑA

La víbora traidora
de cascabel, oculta en unas zarzas
que bien disimulaban su presencia,
con avieso propósito aguardaba.

Por aquellos parajes
esrutando afanosa algunas matas,
una cigüeña con el cuello enhiesto
daba de cuando en cuando unas zancadas.

Pensando aquella víbora
que a la cigüeña podría darle caza,
comenzó a deslizarse lentamente
solo en ella fijando la mirada.

Pero se oyó el ruido
del cascabel desde una gran distancia,
y mirando al reptil que se movía
la cigüeña a atacarlo se prepara.

Abrió su largo pico
y batió fuertemente sus dos alas;

acometió al reptil y al poco rato
muerta quedó la víbora malvada.

*La maldad suele a veces
tender sus tretas para echar su zarpa,
mas si son descubiertos sus designios
se queda con frecuencia derrotada.*

XVI

EL HURON Y EL HORMIGUERO

—Díme tú: ¿con qué intención
contemplas ese agujero?—
Le dijo un curioso hurón
a un taciturno hormiguero
que estaba en un albardón.

Yo camino, marchó, ando,
y no estoy quieto jamás;
miro todo, voy buscando
mis alimentos y cuando
no los hallo vuelvo atrás.

Doy pruebas de que trabajo
con intensa actividad,
porque corro, subo, bajo,
y si a una víctima atajo
la acometo sin piedad.

Pero tú, casi dormido,
ahí estás entumecido
esperando no se qué;
que eres gigante, fornido
y gran haragán, se ve.

Le contestó el hormiguero:
—Por tu aire tan altanero
pareces un gran señor,
may honrado y muy austero,
activo y trabajador.

Pero si mal no me engaño
no haces nada más que daño
con tanta movilidad;
y pruebas con tu regaño
tu falta de probidad.

¿A quién beneficia, dí,
tu actividad baladí
y tu constante meneo?...
¿A quién?... Por lo que yo veo,
a nadie no siendo a tí.

En cambio, yo en mi quietud
observo digna actitud
no haciendo contigo migas;
yo poseo la virtud
de destruir las hormigas.

El hombre me considera
y mi paciencia venera
porque no hago sino bien;
destruyo esa plaga fiera
a la vez que hallo sostén.

Tu extrema movilidad
lleva la finalidad
de hacerte bien a ti mismo;
buscas tu comodidad
y te alienta el egoísmo.

*Quien procede a tu manera
al trabajo degenera
en una función manguada,
y al final de la carrera
jamás sirve para nada.*

XVII

EL SALTAPERICO, EL CHAMPI Y EL NIÑO

En un rincón, metidos en la tierra
había un champi y un saltaperico,
los que pasaban vida silenciosa
sin causar ningún mal a los vecinos.

Quiso la mala suerte que pasara
un muchacho y llegando hasta aquel sitio,
a escarbar comenzó la tierra blanda
no tardando en hallar a los dos bichos.

Incomodado al punto, dió un gran salto
y pronto se exhibió el saltaperico,
mientras que el champi precavido, el muerto
se hizo y quedó en la tierra muy tranquilo.

Sirvió el saltaperico de jarana
al muchacho travieso, dando brincos,
y el pacienzudo champi quedó aculto
en aquel alejado rinconcito.

*La astucia y la paciencia dan el triunfo
cuando se marcha en pos de un buen designio,
y quien se exalta al punto, intemperante,
en su propia pasión halla el castigo.*

XVIII

EL YACARE Y LA NUTRIA

Largas horas pasaba en la ribera
esperando su presa
un desalmado yacaré, quien era
en toda la comarca muy temido,
pues más de una sorpresa
con sus mañas había producido.

Acosado en su cuita por el hambre
con frecuencia un calambre
lo hacía estremecer; lanzaba un grito
y el ansia por comer se acrecentaba,
mas como nadie por allí pasaba
se iba aguzando en mucho su apetito.

De Tántalo sufría los tormentos
si veía cruzar una alimaña
por allí; de llorar se daba maña
y soltaba la rienda a sus lamentos.

Una nutria que oyó todas sus quejas
acercóse hasta él muy condolida
para prestarle auxilio en su tortura;
pero viendo a la bestia allí tendida

paró muy sorprendida las orejas
y vió que el acercarse era locura.

Pero el menguado yacaré mirando
una tan rica presa cerca al diente
asumió una actitud de postulante,
y con voz más doliente
tristes quejas de nuevo fué lanzando
mientras se disponía a echarle el guante.

La nutria, que era ducha
en las frecuentes lides de la lucha
por la vida, descubre que un colazo
le pretende lanzar aquel cuitado
en el más breve plazo,
y dejándolo allí siempre gimiendo
marchóse presto para sí diciendo:
—*No hay que fiarse del llanto del malvado.*

XIX

LA FOCA Y EL PINGÜIN

En las tierras fueguinas
adornando las playas,
los pingüines y focas
forman grandes manadas.
Nadie turba sus ocios
en las costas lejanas,
y allí viven tranquilos
sin que teman a nada.

Un pingüín, una tarde,
contemplaba las aguas,
y mirando una foca
que muy diestra nadaba,
se quedó largo rato
envidiando su gracia.
Al salir a la orilla
y tenderse en la playa,
el pingüín le decía
sin dejar de mirarla:
—Es usted, compañera,
muy gentil y gallarda.

Halagada la foca

por aquellas palabras,
y al pingüín reparando,
de tan tiesa parada
le repuso la foca
con cumplida alabanza:
- Es su bella persona
la que lleva la palma,
porque enhiesta, elegante,
por aquí se destaca.
—Yo la admiro — prosigue
el pingüín — porque nada
con airoso dominio
en la mar cuando brama;
y lo mismo en los días
de las plácidas calmas,
que en las horas violentas
de las fieras borrascas,
siempre surca las olas
con valor y arrogancia,
y volviendo a la arena
de la espléndida playa
el aroma respira
de las brisas que pasan.
—Y yo admiro su garbo,
su tranquila mirada,
le repuso la foca;
pues en esta comarca
nadie tiene su porte,
nadie vence sus gracias.

Y mil frases como estas
se cruzaron, galanas.

*Con la verba más necia
los mediocres se pagan,
y se sienten felices
con muy pocas palabras.*

XX

LA VIEJA DEL AGUA Y LA OSTRA

La vieja del agua
encontró a la ostra,
que vivía en el fondo del río
lo más solitaria pegada a una roca.

—¿Por qué vives triste,
le dijo, tan sola?
Hallarás otros sitios más bellos
si sigues la marcha que indican las ondas.

—Prefiero esta vida,
repuso la ostra,
que arrojarme a la incierta corriente
del río que busca las playas ignotas.

*Quien por la quimera
lo cierto abandona,
sólo encuentra de un mundo agitado
la triste esperanza que ofrecen las sombras.*

XXI

LA ESPATULA MURMURADORA

Vive en la laguna como una princesa
la parlera espátula de rosada pluma;
con su pico quiere cazar por sorpresa
algunas mojarras que bate la espuma.

Pero ella conversa matando sus ocios
mientras cucharea con su pico chato,
habla de mil cosas, habla de negocios,
habla mal del barrio por pasar el rato.

Todos la rehuyen por lo charlatana,
y algunos la tienen por mala vecina,
pero ella se acerca si le da la gana
donde el pato pesca o la becacina.

—¿Han visto, les dice, que mala es la gente?
Me ha mirado el cuervo, con rencor... ¡qué necio!
porque le han contado cerca de la fuente
que yo de él me burlo, que yo lo desprecio.—

Luego ve en las ondas como una piragua
los gansos que imitan los del Capitolio,

y, sin embarazo, ve al zorro del agua
y de sus defectos le hace un largo "in folio".

Sigue cuchareando, bate su paleta
en las aguas mansas y al cuervo impresiona,
hablándole pestes de la gallareta,
a la que titula de mala persona.

Y así anda la espátula empleando su arte
murmurando siempre de distintos modos;
hasta que no encuentra ya en ninguna parte
quién oiga su charla que ha cansado a todos.

*Los que siempre hablan sin parar el pico
y sólo defectos ven en los demás,
hasta el vulgo nota pronto su olorcico
de murmuradores y los deja atrás.*

XXII

EL DORADO Y EL CANGREJO

Cerca a la misma orilla de un riacho,
un dorado nadaba muy ligero,
y por el blando barro de la playa
menudeaba sus pasos un cangrejo.

—¿Cómo va tu excursión?, dijo el dorado,
y el otro le repuso satisfecho:

—Contempla como avanzo en mi camino...—
¡E iba aquel infeliz retrocediendo!

*En la marcha agitada de la vida
hay muchos que así entienden el progreso:
cuando otros adelantan el camino
ellos van para atrás como el cangrejo.*

XXIII

EL GATO, EL GORRION Y EL ZORRO

Vigilaba a un gorrión, tras una zanja
que rodeada a una granja
un gato, por demás entusiasmado;
y cuando cerca al pájaro tenía
todo pensar hacía
que iba a pasar de un salto al otro lado.

Miraba con los ojos encendidos
y todos sus sentidos
en aquel gorrioncillo los fijaba;
luego se relamía ya anhelante
pero en el propio instante
de saltar, indeciso se quedaba.

El gorrión descubrió al gato escondido
y dió un fugaz volido
como una precaución muy oportuna,
y un zorro que estiraba su pescuezo,
dijo, dando un bostezo:
—*Nunca fué de indecisos la fortuna.*

XXIV

LA LAGARTIJA Y LA GARZA

Una humilde lagartija
que vagaba por un médano,
a una garza que volaba
la divisó desdej lejos.
Detuvo entonces sus pasos
y con ademán discreto
se ocultó prolijamente
en un pequeño agujero.
Bajó la garza allí mismo
en busca de su alimento,
y como era un poco tarde
y estaba aún sin almuerzo,
con afán escudriñaba
todo el arenal desierto.
La lagartija que estaba
cohibida por el miedo,
ni respiraba siquiera
para evitar el encuentro.
Posó la garza su pata
muy cerca del agujero,
pero como nada hallara
nuevamente alzó su vuelo.

*En los trances de la vida
es la virtud del silencio
la que mejor nos orienta
para alcanzar algún éxito.*

XXV

EL TAPIR Y EL VENADO

En dos jaulas vecinas
un tapir y un venado se encontraban,
quienes algunas frases se cambiaban
lamentando sus vidas tan mezquinas.

—Pues yo no me doblego,
le decía el venado a su vecino;
y soberbio, iracundo,
he de mostrarme siempre, porque niego
que el hombre pueda hacer de mi destino
lo que a su gusto quiera,
cual si el monarca fuera
absoluto del mundo.

Le guardo mis rencores en mi pecho
y mi protesta eterna
la va a escuchar altiva y sempiterna,
porque él ha coartado mi derecho.
Yo en los campos vagaba a mi albedrío,
porque libre nací, pero la artera
argucia de los hombres, en su lío
me hizo caer de la peor manera,
y desde entonces vivo aquí encerrado,
soportando el baldón de aquestas rejas.

Así expresaba sus dolientes quejas
el indócil venado,
cuando un guardián, desde una carretilla
un montón de verdura le arrojaba;
pero el rebelde que excitado estaba,
huyó despavorido,
y aquella comidilla
ni siquiera miró por de cumplido.

El tapir, mientras tanto, que tenía
despierto el apetito
se aproximó risueño a aquella mesa
donde se le ofrecía
una provista arteza
con un manjar que él encontró exquisito.

Y mirando al venado que rabioso
a comer se rehusaba,
así le habló con tono sentencioso
mientras que a dos mandíbulas mascaba:
—Mantener la protesta a detrimento
de la salud, es todo una locura;
los principios precisan la cordura
para quedar en pie, y un gran talento.
Es inútil aquí toda violencia,
aunque a las veces nos domine el tedio:
para vivir feliz toda la ciencia
consiste sólo en adaptarse al medio.

XXVI

LA URRACA Y EL ACADEMICO

Un ilustre académico que había
revelado con obras su sapiencia
y que era reputado por su ciencia,
una urraca muy mansa poseía.

Malas mañas el pájaro tenía
pues hurtaba mil cosas con frecuencia,
y queriendo ocultar su delincuencia
prolija en un rincón las escondía.

Una tarde, teniéndola en la mano
le daba sus consejos excelentes,
y en un descuido el pájaro villano
de un picotazo le sacó los lentes.
Entonces dijo el profesor perplejo:
—*Pierde el tiempo quien da al bribón consejo.*

XXVII

EL NAIPE Y LA PALA

Arrojada entre varios desperdicios
yacía una baraja abandonada,
la que por no prestar ya más servicios
por vieja, a la basura fué arrojada.

A una pala que quiso recogerla
para echarla al montón sin más reparo,
en el instante mismo de barrerla
le habló así la baraja con descaro:

—Tocarme tú, no intentes haraposa;
que respetes mi rango te prevengo;
no olvides que mi vida fué suntuosa
y que soy de alta alcurnia y abolengo.

Que viví en un palacio acariciada
por manos de magnates y señores;
que entre montones de oro acostumbrada
estuve, a los más grandes esplendores.

Que no conocí penas, ni ninguna
angustia que me hiriera con su saña;
que brindé a manos llenas la fortuna
entre abundante néctar de Champaña.

Sobre el rico tapiz me deslizaba
y feliz ofrecía mi sorpresa
a quien con emoción grande esperaba
que me extendiera en la brillante mesa.

Las damas con sus manos enguantadas
en mí cifraban su pasión más fuerte,
y exhalaban nerviosas carcajadas
cuando yo les brindaba buena suerte.

Conozco más de una galante historia
que nació en una noche afortunada;
les ofrecía esplendidez y gloria
cuando en mi faz posaban su mirada.

Anhelo, animación, dulce murmullo
mi presencia al instante producía...
De mi alta estirpe mantendré el orgullo
porque la reina fuí de la alegría.

—Basta de necedad, dijo la pala,
te revelas cual simple pretenciosa;
viviste entre la pompa y haces gala
de haber hecho una vida licenciosa.

Mientras yo producía la riqueza
en los campos fecundos de labranza,
allá tú derrochabas con largueza
haciendo con el vicio estrecha alianza.

Yo producía el pan, con el prolijo
afán que me alentaba soberano,
y tú quitabas ese pan al hijo
del padre que tu influencia hizo villano.

En torno tuyo en confusión se aduna
la larga caravana de la histeria,
y si brindas a uno la fortuna
arrojas a un millar a la miseria.

Tú sólo excitas el instinto bajo
de la holganza, del vicio y la avaricia;
eres el enemigo del trabajo
y el más fuerte sostén de la codicia.

Tú juras amistad y ello es mentira,
nada sabes de amor y sentimiento;
la ambición solamente a ti te inspira
y el oro amontonado es tu alimento.

Mientras las ansias locas te devoran
en las noches que crees afortunadas,
las esposas, las madres, tristes lloran
en un rincón oculto abandonadas.

Cual sirena seduces con la aleve
visión de una esperanza peregrina;
a ti la humanidad nada te debe
sino desolación, miseria y ruina.

Sólo por vanidad viviste ociosa
sin tener un momento de cordura;
ejerciste una influencia perniciosa
y es tu premio este saco de basura.

Y con todo el montón fué la baraja
por la pala a lo lejos arrojada,
luego un carrito la llevó en su caja
cual trasto que no sirve para nada.

XXVIII

LA LOCOMOTORA Y EL INDIO

En un pueblo de la pampa,
que gran progreso alcanzó,
y que pronto se hizo un núcleo
de la civilización,
se hizo una hermosa fiesta
con gran pompa y esplendor,
cuando la locomotora
por primera vez llegó.

Se atropellaba la gente
agitada en la estación,
y cuando un fuerte silbato
ya su llegada anunció,
repercutieron los ecos
como de una sola voz,
en prueba de regocijo
y de grande animación.

Pero un indio que curioso
hasta aquel sitio llegó,
apenas el riel cruzaba
la máquina de vapor,
con marcada indiferencia

XXX

LA OVEJA Y EL COATÍ

Un inquieto coatí que diestramente
trepaba por las ramas, ya cansado
del continuo bregar por su existencia,
a la oveja, que allí tranquilamente
mascaba en su presencia,
una tarde le habló sobreexcitado:

—Mientras tú vives gorda, sin temores
de sufrir los rigores
de la escasez, yo vivo en la zozobra.
Tú lo pasas tranquila, regalada,
y al parecer nunca te falta nada,
pues te dan alimento a ti de sobra.

En cambio, yo, que vivo en la apretura
de una extrema pobreza,
casi lo paso en sempiterno ayuno:
y no pienses que sea por pereza,
pues vago noche y día a la ventura
siéndome siempre el hado inoportuno.

A ti te brindan rico pienso, tienes
lecho mullido en el pajar cercano,

y siempre descuidada vas y vienes
sin que nadie interrumpa tu camino.
Yo tengo que vivir en el lejano
bosque, dándome maña
para cazar la estúpida alimaña
que tengo que comer por mi mal sino.

La oveja le repuso: — *Todo es cierto
cuanto diciendo estás, pues este mundo
no es nada más que un páramo desierto
para el que vive como tú infecundo.*

XXXI

EL PECARI Y LA MULITA

Una vida de paz y sosiego
la mulita en la loma pasaba,
y como ella jamás molestaba
se hizo amar por los más, desde luego.

Ella siempre a la tarde salía
a proveerse en el prado cercano,
y hasta un monte bastante lejano
a las veces llegarse solía.

Pero siendo esos viajes frecuentes,
y queriendo correrla de allí,
una tarde salió el pecarí
y gruñendo mostróle los dientes.

La mulita siguió su camino
sin hacer de aquel trance gran juicio,
pero airado salióse de quicio
y venganza juróle el cochino.

Fué diciendo en el pago, sin mengua,
que era mala y feroz la mulita,
que era torpe, ladrona y maldita
y mil cosas que tuvo en la lengua.

Varios necios tal vez lo creyeron,
—que el creer es lo propio del necio —
pero muchos, completo desprecio,
a la charla del cerdo le hicieron.

*Con su lengua causar algún daño
es frecuente que quiera el malvado,
pero queda mil veces burlado
cuando no halla asidero su engaño.*

XXXII

EL BENTEVERO Y EL CHURRINCHE

—Si no me engaño
eres huraño
por lo que veo.
El benteveo
con su berrinche
dijo al churrinche
bajo un ombú:
—¿Cómo pretendes
vivir aislado?
¡Qué! ¿no comprendes
que siempre hastiado
vives de todo,
viviendo al modo
que vives tú?

Andar errante
lo más campante,
sin que contigo
vaya un amigo
es terquedad.
Porque la vida
del solitario
no es divertida.

Es un calvario
rudo y violento
vivir exento
de la amistad.

—Por más que se hinche
su señoría,
dijo el churrinche,
salir no quiero
de mi huraña,
porque prefiero
cual desterrado
vivir aislado
sin sociedad.
¿Qué van a darme
si yo a tratarme
llegara un día
con todo el mundo?
¡Triste ironía:
dolor profundo!
Por eso ansío
a mi albedrío
vivir tan solo,
lejos del dolo
de la amistad.

—Habrá, no digo,
algún amigo
terco en sus modos,

pero no todos
malos serán.
El aislamiento
es duro y cruento;
el que persista
en él y alarde
haga sin cuento,
es egoísta
o es un cobarde
pelafustán.—

Y el benteveo
sin más deseo
de conversar,
con desagrado
para otro lado
se echó a volar.

XXXIII

LOS MONOS SABIOS

Partidario tenaz del transformismo
un mono discurría,
y analizando luego el darwinismo
su reflexión hacía:

--Si un origen común todos tuvieron,
si todo evoluciona,
y los hombres un tiempo monos fueron,
será el mono, persona.

Y así andando los siglos, los que somos
ahora cuadrumanos,
entraremos al tipo de los "homos",
y seremos humanos.

Pero dijo otro mono más ladino:
—Estás equivocado,
porque el mono es, según dijo Ameghino,
hombre bestializado.

Sólo que el hombre tuvo antecesores
en un tiempo lejano,
con algún parecido a los mayores
del tipo cuadrumano.

No reviven las formas del pasado
aunque lo ambicionemos;
y como el mono así ha evolucionado,
sólo monos seremos. —

Satisfechos a un árbol se treparon
sin expresar enconos,
y saltando en las ramas se quedaron
contentos siendo monos.

XXXIV

EL CAMUATI Y EL TABANO

Un tábano taimado
en vano tanteaba un cuero seco
pretendiendo clavarle su lanceta,
y al ver su afán frustrado
y no encontrando término a su dieta
refunfuñaba con acento hueco.

Su palacio oscilante
pendiente de una rama,
el camuatí ostentaba con orgullo,
y al sentir el murmullo
del tábano, al instante
se acercó a preguntarle qué pasaba.

—Como ve usted, repuso el aludido,
se niega la natura
en darme el alimento preferido;
por eso con dolor me lamentaba
y era mi frase de protesta dura.

—*Has errado el camino,*
le dijo el camuatí muy sentencioso;
porque vives ocioso
se encarga en castigarte así el destino.

*No te enfades, que nunca tus camorras
te podrán conducir a parte alguna;
sólo podrás tener mejor fortuna
si trabajas y ahorras.*



XXXV

EL PATO Y EL CHORLO

Junto a la orilla
de un arroyuelo,
en cuyas aguas
como un espejo
brillan las nubes
del alto cielo,
estaba un pato
tomando el fresco
en una roca,
muy satisfecho.

Un chorlo andaba
dando un paseo
y al ver al pato
tan circunspecto,
le hizo un saludo
lo más atento,
que retribuído
fué desde luego.

Cambiaron frases
de cumplimiento,
y de sus vidas

sin más rodeos
largas historias
se refirieron.

—Yo, dijo el pato,
vivo sufriendo,
porque los hombres
con gran empeño
me tienden tretas,
y sin sosiego
todos mis pasos
vienen siguiendo.

—No es mi infortunio
menos adverso,
repuso el chorlo,
porque soy sebo
de su codicia,
y en un acecho
constante vivo,
lo que es ya horrendo.

—Para salvarnos,
¿no habrá algún medio?
preguntó el pato.
Porque preveo
que en un descuido
pereceremos.

—No es tan difícil

el precavernos,
respondió el chorlo.
En tal concepto
nos convendría
que nos uniéramos,
y mutua ayuda
que nos prestemos,
en los peligros.

—¡Eso es soberbio!
Esa es la obra
de más provecho
que desde hoy [mismo
hacer debemos.

—La unión es fuerza
dice un proverbio,
y en la unión sólo
está nuestro éxito.—

Desde ese instante
juntos vivieron,
siendo felices
por mucho tiempo.

XXXVI

LA CHICHARRA Y EL MANGANGA

Metido en una caña, sus rezongos,
un mangangá lanzaba, aprisionado,
porque salir quería
para volver hasta el cercano prado
donde un vergel sus flores le ofrecía.

Foresjeaba con brío,
pero trancado el infeliz quedaba;
entonces su protesta resonaba
como un sordo rumor. — Amigo mío,
le dijo una chicharra muy burlona,
que desde un arbolillo lo miraba;
eres tú una bellísima persona,
pero en esa actitud tientas mi risa.
¿Cómo hiciste en meterte en ese leño
para luego querer con vano empeño
salirte tan a prisa?
Esa es una imprudencia
y por ello el castigo estás probando.—
Y dicho, con marcada indiferencia
la chicharra siguió luego cantando.

—No me he metido, el mangangá repuso,

por simple diversión; aquí he venido
para formar mi hogar, y provisiones
en abundancia ya tengo guardadas,
de las cuales haré uso
cuando en invierno lleguen las heladas
y el vergel por los fríos abatido
no me dé de sus néctares los dones.—

Pero aquella chicharra casquivana
siguió cantando sin hacerle caso.
Al fin el mangangá salió del paso
y trabajó sin tregua esa mañana.

La estación invernal con sus rigores
en llegar no tardó, y cierto día
que el mangangá salía
de su caña a tomar la resolana,
escuchó los clamores
de alguien que se quejaba sin consuelo,
y viendo a la chicharra
moribunda, tendida ya en el suelo,
la dijo: — *Tú tomaste a la jarana
esta vida de acción y sacrificio;
jamás por tu futuro hiciste nada,
y hoy tu frivolidad tan decantada
te rinde el consabido beneficio.*

XXXVII

LAS RANAS Y EL TRAPO ROJO

En la orilla de una zanja
sentado estaba un muchacho,
quien tenía en una caña
rojo pedazo de trapo,
y con el cual incitaba
a las ranas, agitando
el agua, y éstas creían
que aquello era un buen bocado.

Por la voracidad guiadas
una tras otra, tragando
aquel trapo todas fueron,
quedando desierto el charco.
Pero una, la más discreta
desconfiada miró un rato
y se dió una zambullida
cuando descubrió el engaño.

*Aquéllos que la ilusión
seduce con sus encantos,
sucumben si no distinguen
lo real de lo que es falso.*

XXXVIII

LA TORRE Y EL PARARRAYO

La torre enhiesta se elevaba al cielo
desafiando a las nubes, arrogante,
y su esbeltez se alzaba soberana
pareciendo querer con vivo anhelo
sobresalir pujante
y dominar después a la sabana.

—Yo soy, decía, la expresión genuina
de toda la energía y la grandeza;
soy la luz invencible que domina
por el noble poder de la belleza.

Los hombres me han brindado sus cantares
con la más exquisita reverencia,
y a mis pies, con vehemencia,
han levantado humildes sus altares.

Cuando el trueno revienta
y soplan con furor los aquilones,
yo domino el horror de los ciclones
y aplaco la avidez de la tormenta.—

Pero al hablar con tanta petulancia,

un alambre delgado,
un instante vibró con resonancia,
y brillando en lo alto de la aguja
a la torre le habló de esta manera:

--No parece que fuera de tu agrado
recordar que alguien hay que sobrepuja
tu poder, amparándote del rayo.
¡Ay de tu gallardía si no fuera
a velar por tu suerte el pararrayo!

XXXIX

LA AVISPA Y EL LABRADOR

Con raro afán un labriego
en el huerto trabajaba,
y hundía en la negra tierra
con profundidad su pala,
En ese mismo terreno
existía una gran charca,
donde prolija, una avispa,
el material preparaba
para terminar su nido
comenzado en la enramada.

Sin quererlo, aquel labriego,
puso sus pies en la charca,
al punto que iba la avispa
a buscar su barro, ufana;
y creyéndose que fuera
tal acción intencionada,
en un impulso de ira
juró tomarse venganza.

Rápidamente la avispa
se le posó en plena cara,
hundiéndole el aguijón

con la crueldad más amarga.
Pero el labriego indignado
dió una fuerte manotada,
y allí la agresiva avispa
rindió cuenta de su audacia.

*Quien por impulsión cegado
sin reflexionar ataca,
suele pagar su osadía
cual la avispa de esta fábula.*

XL

LA METRALLA Y EL RIEL

Al estallar candente la metralla
junto al muro de la áspera trinchera:
—¡Mira, mira! — decía — ¡qué tremendo
es el efecto mío en la batalla
cuando con saña fiera
repercute en los ámbitos mi estruendo!

Al empuje fatal del explosivo,
la ambición, la esperanza
de los hombres se quiebran hechas trizas;
cuando ruje el furor de mi venganza
tan sólo dejó ruinas y cenizas.

Yo elevo al odio mi canción; la tierra
muda soporta aquí mi vilipendio;
y al resonar el grito de la guerra
llevo la destrucción con el incendio.—

Y estallaba terrible
causando sus estragos
en la fila enemiga, con violencia;
y en aquellos instantes tan aciagos
la angustia más horrible
amargaba del pueblo la existencia.

Una voz argentina
como el toque de alegre clarinada,
repercutió a lo lejos, muy pausada,
con un preciso ritmo. En el exceso
de tanta destrucción y tanta ruina,
era aquella la leal voz del progreso
que a los pueblos decía:

—¡Cese, cese la atroz carnicería;
es hora que la estúpida discordia
caiga a los pies del hombre hecha pedazos:
que se estrechen los pueblos en abrazos
fraternales de paz y de concordia!

Tales frases que unión preconizaban,
la metralla al oír, tan altaneras,
exclamó con sus furias que estallaban:
—¿Quién eres, que te olvidas, atrevido,
de todo mi poder?... ¿Dudas, acaso,
que a los pueblos por siempre he dividido?...
Y una voz dijo: — Soy el riel que paso
dejando a las naciones sin fronteras!

XLI

LA IGUANA Y LOS PERROS

Junto a la misma orilla de una floresta, tendida al sol, echaba su larga siesta despreocupadamente, la torpe iguana, la que hace vida triste, siendo holgazana. Al dormir de ese modo, sin duda alguna pensaría en la diosa de la fortuna, que toma formas de hada con arrogancia para abrir luego el cuerno de la abundancia.

Las horas se pasaban muy quedamente y la iguana dormía tranquilamente, cuando cerca del lecho sintió ruidos de perros que llegaban dando ladridos. Despertando la iguana quedó contrita por lo desagradable de la visita y al pensar que imposible ya era la huída a vender se dispuso cara su vida. Se acercaron los perros sin embarazo y ella al más atrevido le dió un colazo, pero todos los otros se abalanzaron y a la infeliz, deshecha, pronto dejaron.

*A veces la fortuna viene como hada,
en sueños, cautivando con su belleza,
pero cuando se duerme por la pereza
tan sólo la desgracia vela en la almohada.*

XLII

LA VIBORA DE LA CRUZ Y EL CUIS

La víbora de la cruz
escondida en una senda,
espiaba a un cuis, que pasaba
con la mayor inocencia.
El ofidio lentamente
se iba acercando a su presa,
sin que ésta se imaginara
que le tendía una treta.
Favorecida la víbora
por el color de la hierba,
pudo clavarle sus garfios
a la víctima indefensa.

—Perdone, señora, dijo
el cuis con mil reverencias;
si he turbado su reposo
sin sospecharlo siquiera.
Si me deja en libertad
no volveré a su presencia
y conservaré el recuerdo
de su valor y nobleza.

—No, le respondió el ofidio

con un tono de crudeza;
te has cruzado en mi camino
y debes pagar tu ofensa.

—¿Y por qué razón? repuso
el cuis con mucha extrañeza,
y le contestó el ofidio:

—Por la razón de la fuerza.

XLIII

LA TORTUGA Y EL SAPO

En un agujero
se mueve ligero,
se agita de prisa
tentado de risa
con mucho meneo,
un sapo muy feo
con aire burlón.
Hace contorsiones,
hincha la garganta,
da unos manotones,
luego se levanta
sale y en la hierba
se esconde y observa
con mucha atención.

¿Qué mueve su prisa?
¿qué tienta su risa?
¿por qué tal premura?
¿por qué esa locura?
¿qué ha visto el menguado
que le haya tentado
de manera tal?
¿Es que lo impresiona,

es que lo subyuga
la marcha cansona
que hace una tortuga
por el verde césped,
y el porte del huésped
lo ha puesto fatal!

Con mucha presteza
saca la cabeza
la tortuga, atenta;
y el sapo revienta
de la risa loca
que a él le provoca
su modo de andar.
La tortuga advierte
tanta irreverencia,
y así de esta suerte
ante la presencia
de aquel majadero,
con tono severo
empiézale a hablar:

—No tiene motivo
tu aire festivo;
eres indiscreto,
fáltasme al respeto;
tienes la jactancia
y la petulancia
propias de un bribón.
Mas si eres gracioso,

muéstrate, pasea
con un paso airoso,
para que te vea,
que te felicite,
que tu garbo imite
con gran precisión.—

El sapo contento
por tal cumplimiento
se sintió orgulloso;
salió muy garboso,
gentil, satisfecho
se puso derecho,
saludó cortés.
Miró hacia lo alto
con mucho donaire,
y luego un gran salto
lanzó por el aire
con suerte menguada,
pues dejó sentada
su ridiculez.

*Quien como ese sapo
dándose de guapo,
mira algunas veces
las ridiculeces
que tiene un tercero,
debe ver primero
los defectos de él;
porque si provoca*

*la crítica ajena
y luego le toca
salir a la escena
y da el paso errado...
quedará burlado
como el sapo aquel.*

XLIV

LA CARRETA Y EL AUTOMOVIL

Por un largo camino, lentamente,
a tardo paso, marcha una carreta
cruzando la llanura;
de su eje el claro rechinar se siente,
cual si fuera el vibrar de una trompeta
que llamara al progreso con premura.

Lleva henchido su seno; la honda huella
que deja su rodado en el camino
lo prueba de ese modo. Pero aquella
vieja carreta tiene larga historia,
porque ella fué la que trazó el destino
de cien ciudades que del país son gloria.

Sigue su marcha lenta
y así su vida de otro tiempo cuenta:
—Cuando imperaba, en época remota,
la soledad inmensa del desierto
en esta pampa que hoy su triunfo afianza,
yo tracé la derrota
que abrió su porvenir que aún era incierto
con la dulce visión de la esperanza.

Yo ví que ella brindaba con exceso
sus ricos dones, y a mi paso fueron
naciendo esas ciudades florecientes,
las que en muy breve tiempo pronto hicieron
conquistas esplendentes
en la fecunda senda del progreso.

Y en más de una ocasión, tras largo viaje
y en pos de esa conquista inapreciable,
yo ví correr la sangre, imperturbable,
que derramó la lanza del salvaje.

Yo, amorosa servía en su carrera
a los conquistadores,
de hogar y de trinchera.
Y después de una noche tenebrosa
de ruda sacudida y de dolores,
al alborear el día
mi camino seguía
y dejaba una cruz junto a una fosa.

El rancho humilde que a mi paso hallaba
al verme se animaba
cual si yo el alma de la pampa fuera.
Yo descubría al mundo la riqueza
de este país y viendo su grandeza
plantaba del progreso la bandera.—

Mientras hablaba así tranquilamente

la carreta de foja legendaria,
escuchó el insistente
resonar de bocina temeraria
de un aparato que iba velozmente.

—¡Ea! ¡La huella, viejo carromato,
deja libre! una voz dijo sonora.
Mis HP despliegan su energía
con decisión, y hace ya mucho rato
que debiste apartarte de la vía
al sentir esta marcha aterradora.

¿No ves como domino la distancia?...
Con fiereza indomable
hice ya un importante recorrido
luciendo de mi porte la elegancia,
mientras que tú por la vejez roído
ofreces un aspecto miserable...

¡Apura, apura! ¡Déjame la huella
para seguir por ella,
porque hoy batir el gran record pretendo
de la velocidad!... ¡Vamos! ¡Camina!...—
Y se escuchaba el insistente estruendo
que hacía con rudeza la bocina.

Cual aguerrido y varonil soldado
que ha rendido sus bríos en la guerra,

y que su sangre derramó abnegado
para con ella fecundar la tierra,
y quien después, humilde, su destino
cumple observando una actitud discreta,
así dejó la huella la carreta
y al automóvil le cedió el camino.

El auto, muy burlón, siguió marchando
después de haber lanzado un resoplido;
ganó la delantera
para seguir veloz su recorrido,
y una nube de polvo iba indicando
su marcha por la larga carretera.

Luego desapareció en el horizonte,
pero al doblar un monte
de improviso cayóse en un pantano
e inmóviles las ruedas se quedaron,
y allí después en vano resonaron
los toques de bocina por el llano.

Era el anochecer y la carreta
ya llegaba hasta el monte paso a paso;
el automóvil comprendió que el caso
de salvar el pantano había llegado,
y la llamó con la conciencia inquieta
pidiéndole su ayuda contristado.

La conducta observada anteriormente

no era digna de ayuda ciertamente,
pero viendo en la charca a aquel villano:
—¡Vaya un servicio más!... dijo sonriente
y sacó el automóvil del pantano.

XLV

EL GANSO Y EL CARDENAL

Muy próximo a un remanso
unos sauces llorones se inclinaban,
y bajo de la sombra que formaban
se deslizaba suavemente un ganso.

Un cardenal que andaba por la umbría
y que saltaba por aquel ramaje,
inspirándose alegre en el paisaje
entonó una preciosa melodía.

El ganso fastidiado
al punto se marchó para otro lado.
Volando en dirección a una pradera
el cardenal con aire de malicia
al ganso le gritó de esta manera
al dominar la altura:

—*Merecida justicia
le rindo desde luego a tu incultura,
porque jamás aquí ni en otra parte
nunca los gansos entendieron de arte.*

XLVI

EL SUBMARINO Y EL DIRIGIBLE

Era un tiempo en que los hombres por la senda
[del progreso
muchas obras admirables realizaban y por eso
fué tal época modelo de cultura y esplendor;
como antorcha fulgurante destacábase la ciencia,
paso a paso la ignorancia fué cayendo en decadencia
y los pueblos combatían el atraso y el error.

Se abatieron las fronteras divisorias de naciones,
se formaron a porfía las magníficas legiones
de notables ciudadanos partidarios de la unión.
Se reunieron febrilmente los congresos pacifistas
y los pueblos impulsados por tendencias idealistas
proclamáronse los "leaders" de la civilización.

Pero al par que se difunden estos nobles senti-
[mientos,
se hacen naves aguerridas, se amontonan arma-
[mentos,
se pertrechan los ejércitos cual si fueran a pelear.
Mas el gajo de oliva de la fina diplomacia
en las manos enguantadas, va imponiendo su eficacia
y renace la armonía con afán protocolar.

Como es época de ciencia, los mortales estudiosos allá en sus laboratorios se preocupan afanosos por hallar alguna fórmula que resulte una invención.

Y con hosca pertinacia cada sabio más se aferra en aplicar sus inventos al problema de la guerra, aunque se vive en la era del progreso, paz y unión.

Se ha inventado el aeroplano, se ha inventado el [dirigible, los que hienden las alturas demostrando que es [posible dominar los huracanes como un ave colosal.

Y los mares que se agitan en revuelto torbellino, ya no esconden sus entrañas, porque baja el submarino, a mirar hasta su fondo como un hecho natural.

Sostenida así la era de la paz y la concordia en un día memorable se interpuso la discordia y los hombres como fieras acudieron a la acción. Todo fué crimen, horrores, atropello y vilipendio, y en la feroz hecatombe de la guerra y el incendio los cadáveres formaron un horrísimo montón.

Se elevaba un dirigible en los aires con premura tripulado por guerreros y al ganar mayor altura con sus bombas incendiarias destruía una ciudad; aterrados por el pánico huían los moradores,

y de niños, de mujeres y de ancianos los clamores resonaron cual bramido de tremenda tempestad.

Y marchando por debajo de las aguas va muy
[quedo
un artero submarino que prepara su torpedo
y lo lanza sin aviso destrozando un gran vapor.
Luego se hunde silencioso sin prestar ninguna
[ayuda
a los náufragos que quieren dominar a la mar cruda,
ya que en vano el salvataje pidieron al agresor.

Pocos salvan de la muerte. La calma del oceano viene luego; el sumergible flota entonces muy
[ufano
y en los aires la aeronave ha enastado su pendón.
Un saludo se cambiaron a penas los dos se vieron,
y entre aplausos estruendosos alejándose dijeron:
—¡He aquí el triunfo más grande de la civilización!

XLVII

EL VINO Y EL AGUA

De un odre añejo, henchido, se esparcía
cual un surco de sangre borbotante
el zumo del racimo ya maduro
de la fecunda vid. Con arrogante
acento le decía
al agua que corría,
de un pequeño torrente manso y puro:

—Soy el sabroso néctar que Pomona
al hombre brinda dulce y generosa
cuando en estío ya la vid sazona.
Distribuyo doquier con mis primores
la suerte venturosa
que destierra desdichas y dolores.

En vasos rebosantes
soy del festín alegre compañero,
y en el alcázar regio me derramo
con noble esplendidez cuando anhelantes
los labios se deleitan con esmero
y más me buscan cuanto más los llamo.

Sin mí no hay alegría,

no hay expansión cordial, no hay fantasía,
porque elevo la mente a las regiones
por muchos ignoradas,
donde viven las almas inspiradas
y latén con placer los corazones.

Doy fuerza, doy vigor; fuerte la fibra
de mis impulsos nunca se quebranta;
cuando yo impero, el alma se levanta
y en explosiones de entusiasmo vibra.
Soy la expresión alegre, el movimiento
gracioso y ágil que al placer convida;
soy el dulce consuelo de la vida
la ideal aspiración del sentimiento.

Fluctúa la alegría
y a mi paso sonríen las deidades
que al corazón arrancan sus dolores;
yo deshago las rudas tempestades
que al hombre sumen en tristeza impía
y abro a la vida nuevos resplandores...

—Un instante detente,
le dijo adusta el agua del torrente;
que si es verdad que llevas con dulzura
a los labios del hombre la alegría,
tú le indicas también con tiranía
el camino fatal de la locura.

Por tu culpa son muchos los que gimen
arrojados por siempre a la miseria;
has impuesto el reinado de la histeria
y eres un vil engendrador del crimen.

Aquellos que se inclinan en tus aras
y que forman inmensa caravana,
son la vergüenza de la especie humana,
quienes exhiben las más tristes taras.

A los hombres seduces
para luego dejarlos aherrojados
por el terrible efecto que produces;
con tus más aberrantes sensaciones
formastes las estúpidas legiones
de los degenerados.

Yo soy la linfa que fecunda el suelo
y que a la vida de venturas llena...—
dijo así el agua y continuó serena
serpenteando en el límpido arroyuelo.

XLVIII

EL GORRIÓN Y EL CEREZO

Bajo el alero de un "chalet" vivía
un gorrión. y con aire satisfecho
las plantas de frutales recorría
por las mañanas, y después volvía
a sentarse cantando sobre el techo.

Con frecuencia rondaba
un cerezo de frutas ya pintonas
que cerca del alero se encontraba,
y al posarse en las ramas las miraba
haciendo de probarlas intencionadas.

—¡Qué planta más hermosa!
decía al contemplarla complacido.
Ella es la más espléndida y vistosa
que se alza en este huerto preferido.—

Y cuando las cerezas maduraron
el gorrión de la planta no salía,
y las frases galanas a porfía
mientras hubo cerezas resonaron.

Pero a fuer de ser muchas sus visitas

se acabaron las frutas exquisitas
y al fin mustias quedáronse las hojas;
luego fueron cayendo lentamente
y el árbol esplendente
quedó como sumido entre congojas.

Al pasar el gorrión con raudo vuelo
ni a mirarla siquiera se dignaba
cual si fuera una planta detestable:
como sabrosas frutas no le daba
ya no era más que un árbol miserable!

*Hay muchos que reciben beneficios
y creen que quien los hace vive honrado
con hacerlos; mas ¡ay! si un día falla
el protector... entonces es un canalla
que merece el desprecio por malvado!*

XLIX

EL HORTELANO, EL CESTO
Y LAS MANZANAS

Un viejo hortelano metía en un cesto
las lindas manzanas
que un árbol le daba con pródigo empeño,
y luego a la feria pensaba llevarlas.

Estaba hasta el tope ya el cesto y el viejo
aún más se empeñaba
echando otras cuantas, y díjole el cesto:
—Pero hombre, ya basta!...

¿Te piensas acaso que pueda mi seno
resistir a tantas?...
Será éste tu día si tienes paciencia:
realiza dos viajes para negociarlas.

Y dando un crujido mostrábale al viejo
cedientes sus mallas,
y el viejo porfiado respondió impaciente:
—¡Resiste, que prisa tengo de llevarlas!

Cargó muchas otras, y al fin a marcharse
ya se preparaba;
echó el cesto al hombro, dió unos cuantos pasos,
reventó y cayeron todas las manzanas.

El viejo rugía confuso y doliente,
pero el cesto: — ¡Calla,
le dijo, has querido cargar lo imposible
y el premio has tenido del que mucho abarca!

L

EL POLLO Y LOS JACAS

Llegó una vez a un viejo gallinero
un pollo joven, inexperto, humilde;
y aunque por su conducta un solo tilde
ponerle no podían,
armóse a su llegada un avispero
y a picotearlo acudían.

Con su paso académico los gallos
se paseaban allí, y al descubrirlo
sin motivo no más lo atropellaban,
y hasta los jacas que eran ya vasallos
de los gallos más nuevos, lo asaltaban
con intención de herirlo.

El pollo cohibido
los malignos ataques esquivaba
de la mejor manera que podía,
y aunque no era cobarde, no quería
pasar por atrevido
y los rincones del corral buscaba.

Un gallo feo, desmedrado y viejo,
de largos espolones retorcidos,

y el que fué triste ejemplo por sus vicios,
—de mala catadura y peor pellejo,—
quiso también mostrar su bizarría
recordando su foja de servicios,
y dando unos chillidos
al pollo atropelló. Con gallardía
el pollo lo miró y el majadero
gritó al punto alarmando al gallinero.

Los otros gallos al sentir la gresca
en seguida llegaron; las gallinas
corrieron en bandada y parlanchinas
bordaron una historia pintoresca.
Atacaron al pollo sin descanso
armando una terrible batahola
y en el grupo agresivo haciendo cola
también muy varonil se acercó un ganso.
No faltaron los pavos jactanciosos
que lanzaron sus gritos sin reatos;
y acercáronse luego, cautelosos,
rodeando al forastero algunos patos.

Ante una acción tan vil y despiadada
el pollo fué prudente
y evitó esas indignas agresiones.
Asumió una actitud muy reservada
y las provocaciones
las miró desde luego indiferente.

Pasó el tiempo y el pollo

adquirió su completo desarrollo.
Se hizo fuerte y obtuvo maestría
a fuerza de ejercicio y de paciencia,
y por su inteligencia
fué en el corral un gallo de valía
cayendo los demás en decadencia.

Obtuvo un predominio muy honroso,
pero fué generoso
y hasta con los mezquinos tolerante.
Su orientación impuso al gallinero
y lo sacó triunfante
trazándole acertado derrotero.

Y hasta aquel jaca vil que torpemente
lo agredió a su llegada,
obtuvo beneficios, pues su prole
con la ayuda que el pollo inteligente
sin límites prestóle,
de sus malos instintos fué cambiada.

Adquirió fama el gallo por sus modos,
por su noble conducta y su destreza,
y lleváronlo luego a otro destino
como la base de una hermosa empresa,
y él antes de partir, llamando a todos,
les habló de esta suerte con gran tino:

—A mi llegada todos con violencia
aquí en este corral me recibieron,

y muchos, sin motivo, pretendieron
amargarme con saña la existencia.

He sido muy prudente
porque siempre el propósito me guiaba
de hacer el bien, en todas mis acciones;
yo seguía la huella rectamente
sin temer a la lucha de pasiones
que a mi paso estallaba.

Con fe y perseverancia
en mis fuerzas confié y en mi buen sino;
he apartado las piedras del camino
tan sólo con amor y tolerancia.

El odio, la venganza y la impudicia
son fuerzas negativas que disgregan,
porque a la meta en esta vida llegan
sólo aquellos que aman la justicia.

Hay muchos que resisten el progreso
y de cólera armados, vociferan,
sin que en la vida sean eficaces;
llevémosles consuelos con exceso
que si al error se aferran pertinaces
hay que hacerles el bien aunque no quieran.

Quien vence la pasión que lo domina
ya al triunfo se encamina

y podrá dirigir las multitudes.
Y aquel que vierte sus consejos sabios
pagando con el bien, males y agravios,
ha de triunfar al fin por sus virtudes.

Mas quien lleva consigo
la impulsión de triunfar del medio ambiente,
sabe que el éxito es el enemigo
que despierta más iras y rencores,
porque ante sus felices resplandores
cae el mal a sus plantas impotente.

Voy a partir sin el menor encono
y a los que mal me hicieron los perdono,
porque a las asechanzas y a la insidia
las combatí con honradez y calma.
Mis afanes han sido compensados
por la amistad, a la que dejo el alma:
y que vivan mil años los menguados
uncidos a la roca de la envidia!

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ÍNDICE

	Pág.
Un juicio de Max Nordau.	7
I.—La ortiga y la violeta	10
II.—El peludo y el puma.	13
III.—La loma y las perdices.	15
IV.—El pecho colorado y el chingolo	16
V.—La cachila, el gavián y el cazador	18
VI.—El bagre y el pejerrey	20
VII.—El sable y la pluma.	21
VIII.—La golondrina y la ratona	22
IX.—El gallo y el cerdo	24
X.—El gato doméstico y el gato montés	26
XI.—La martineta y el escuerzo.	28
XII.—El yacaré y la gama.	30
XIII.—El batitú, el flamenco y el cuervo	32
XIV.—La lisa y la red	34
XV.—La víbora de cascabel y la cigüeña	35
XVI.—El hurón y el hormiguero	37
XVII.—El saltaperico, el champi y el niño.	40
XVIII.—El yacaré y la nutria	41
XIX.—La foca y el pingüín.	43
XX.—La vieja del agua y la ostra	46
XXI.—La espátula murmuradora	47
XXII.—El dorado y el cangrejo.	49
XXIII.—El gato, el gorrión y el zorro	50
XXIV.—La lagartija y la garza	51
XXV.—El tapir y el venado.	53
XXVI.—La urraca y el académico	55
XXVII.—El naipe y la pala	56
XXVIII.—La locomotora y el indio	60
XXIX.—El esqueleto y el niño	62
XXX.—La oveja y el coatí	63

